

# MAGIA AFRICANA

De: TAU -TRIADELTA (Helena Blavatsky)

Antes de que entremos en el tema del arte de lo oculto, tal como es practicado en la costa occidental del África, sería bueno, primero, aclarar el terreno analizando, por un momento, qué queremos significar con el muy abusado término de "magia".

Existen muchas definiciones para esta palabra, y, en tiempos pretéritos, simplemente se la empleó para designar cualquier cosa que "no fuese comprendida por el vulgo". Para nuestro propósito, será suficiente definirla como el conocimiento de determinadas leyes naturales que son no solamente desconocidas sino, también, absolutamente insospechadas para los científicos de Europa y América.

Es un hecho reconocido que ninguna ley de la naturaleza puede ser abrogada, ni siquiera por un breve momento. Así, pues, cuando lo tal nos parece ser el caso - por ejemplo, cuando una ley universalmente conocida, como lo es la de la atracción gravitacional, pareciera que puede ser aniquilada -, deberíamos reconocer el hecho de que podría haber otras leyes, hasta ahora desconocidas por la ciencia occidental, que tienen el poder de sobrepasar y detener, durante el tiempo que sea, la acción de la citada ley.

El conocimiento de estas leyes desconocidas es lo que entendemos con el término de ciencia oculta o magia. Y no hay ni ha habido en ningún período de la historia del mundo otra magia sino esta. Todos los así llamados "milagros" de los tiempos antiguos pueden ser y son reproducidos en nuestros días por los magos, cuando la ocasión lo requiere. Un acto de magia es un hecho puramente científico y no se lo debe confundir con ninguna clase de prestidigitación o fraude.

Hay muchas escuelas de magia, todas operando y conduciéndose por caminos completamente diferentes. Las principales de estas - en cuyas filosofías se han fundado todas las demás - son la hindú, la tibetana, la egipcia (incluyendo la árabe) y la obiyana<sup>(1)</sup> o vuduísta. Esta última es total y fundamentalmente opuesta a las otras tres por tener sus raíces y basamentos en la nigromancia o "magia negra", en tanto que aquellas operan ya sea por medios conocidos por los expertos como "magia blanca" o, en otros casos, por la "manipulación psicológica" del espectador. Es decir, un nutrido grupo de ellos puede ser inducido para ver y sentir, todo el tiempo que sea, cualquier cosa hecha de acuerdo con la voluntad del operador que está en total posesión de sus facultades ordinarias. De este modo, es posible que una pareja de fakires ambulantes realicen su presentación en tu propia villa o en el jardín de tu bungalú, erigiendo un pequeño pabellón y pidiéndote que escojas cualquier animal que desees ver emergiendo desde ese lugar. Muchos animales diferentes son nombrados en ronda por los observadores y, en cada caso, el cuadrúpedo deseado, sea este un tigre o un terrier, sale de entre los telones y marcha lentamente hasta desaparecer por los inmediaciones de un rincón adyacente. Bien, esto se hace simplemente por "inducción psicológica", tal como se hacen todos los otros grandes actos notables de la India: "el truco del canasto", "el árbol de mango", el lanzamiento de una cuerda al aire y la ascensión por ella, llevándosela para desaparecer en el lugar, y mil y un otros actos similares que son "familiares como las conversaciones hogareñas" para casi todos los anglo-indios.

La diferencia entre estas escuelas y la de Obeah<sup>(2)</sup> o vuduísta es muy grande, porque en aquellas lo que hay es un engaño o un deseo de realidad en la representación. El espectador realmente no ve lo que su imaginación ve: Su mente es simplemente impresionada por el operador y el efecto queda realizado. Pero en la magia africana, por el contrario, no habrá impresión: de hecho, el observador realmente ve lo que se está llevando a cabo. La fuerza

empleada por los nigrománticos africanos no es la de la acción psicológica sino la de la demonosofía.

Los magos blancos han dominado y empleado, con frecuencia, a los espíritus inferiores, así como han invocado el auxilio de lo poderoso y benéfico para que cumplan sus propósitos. Esto, empero, es un asunto diferente por completo: Los espíritus que son por naturaleza maléficos, se convierten en esclavos del mago, quien los controla y los obliga a realizar sus planes benéficos. El nigromántico o devoto de la magia negra es, por su parte, esclavo del espíritu del mal al cual se ha entregado.

Mientras la filosofía del mago le demanda una vida de la más grande pureza y la práctica de toda virtud, mientras está obligado a someter por completo y tener perfecto control de todos sus deseos y apetitos mentales y físicos, y debe llegar a ser la inteligencia personificada, liberada absolutamente de toda pusilanimidad y debilidad humanas, el nigromántico está obligado a ultrajar y degradar la naturaleza humana en todas las maneras concebibles. El más pequeño de los crímenes a perpetrar, necesario para que él ( o ella ) obtenga el poder procurado, será la del mismo asesinato de la víctima humana, esencial para el sacrificio, de la que se haya provisto. La mente humana difícilmente puede darse cuenta de o imaginar, siquiera, la décima parte de los horrores y atrocidades que, de hecho, son realizados por las mujeres de Obeah<sup>(3)</sup>.

Sin embargo, aunque el precio es espantoso, horripilante, innombrable, el poder es real. No hay posibilidad de engaño en torno a esto. En la costa occidental africana, cada uno de los reyezuelos tiene su "hacedor de lluvia". Está de moda entre los viajeros, y en los negocios de los misioneros, ridiculizar y negar los poderes de estas gentes. Pero los tienen y, en verdad, utilizan el poder para causar tormentas lluviosas, vientos y rayerías. Cuando uno considera que, independiente de lo ignorantes y salvajes que puedan ser, tienen, con todo, una ingente cantidad de inteligencia natural - y su gran ignorancia no les permite creer en nada que no pueda ser demostrado -, ningún "hacedor de lluvias" podría vivir un año a menos que dé reiteradas muestras de sus poderes cuando les son requeridos por el rey. El fracaso significaría, simplemente, la muerte. Y la hipótesis de que ellos únicamente realizan sus conjuraciones cuando el tiempo está a punto de cambiar, es sólo una invención de los misioneros. Los jefes nativos son capaces, como todos los salvajes, de detectar la cercanía de un cambio del tiempo muchas horas antes de que ocurra. ¿Será absolutamente cierto que ellos harían venir al "hacedor de lluvias" para darle, durante doce meses, el ganado que necesiten, además de las esposas y otros lujos, si hubiere el más leve indicio de una lluvia que está por caer?

Recuerdo bien mi primera experiencia con estos hechiceros. Durante semanas y semanas no había caído lluvia aunque era la temporada de los aguaceros. El millo fenecía por falta de agua, el ganado era sacrificado en todas partes; niños y mujeres habían muerto por montones, y entre los guerreros empezaba a suceder lo mismo, al estar convertidos en poco menos que esqueletos. Día tras día, el sol, a semejanza de un globo de brillante cobre, resplandecía intensamente - sin que interviniese ni una nube - sobre la reseca tierra, y toda la naturaleza iba languideciendo en aquel espantoso horno. Súbitamente, el rey ordenó que se batiesen los grandes tambores de guerra y todos los guerreros se reunieron rápidamente. Él les anunció la llegada de dos connotados hacedores de lluvia, quienes de inmediato deberían proceder con el fin de aliviar el sufrimiento prevaleciente. El más anciano de los dos era un desmirriado hombrecito patizambo de espesos rizos cortos que habrían sido blancos de no haber estado mezclados con grasa, mugre y plumas. El segundo no era sino un hermoso espécimen de la raza susu<sup>(4)</sup>, pero de expresión muy siniestra. Un gran círculo de pequeños negros, que habían llegado - por no se sabía cuál razón - armados hasta los dientes, estando el rey en el centro y los hacedores de lluvia ante él, iniciaron sus encantamientos. El cenit y el horizonte eran ansiosamente examinados de vez en cuando, pero no había aparecido ningún vestigio de nubes. De repente, el hombre más anciano, convulsionado, aparentemente epiléptico, rodó por el suelo, y su compañero saltó a sus pies señalando con ambas manos el cobrizo cielo. Todos

los ojos siguieron su gesto y miraron el punto hacia el cual sus manos señalaban, pero no había nada visible. Inmóvil como una pétreo estatua permaneció con la mirada pegada al cielo. En el término de un minuto, una oscura sombra era observable en el tinte cobrizo; en el siguiente minuto fue haciéndose más y más oscura, y en unos cuantos segundos más se convirtió en una nube negra que muy pronto se desplegó por los cielos. Súbitamente, se vio un vívido destello, y el diluvio que cayó desde la nube, la que ahora estaba cubriendo por completo las alturas, fue algo que no se olvidaría jamás. Durante dos días con sus noches estuvo derramándose aquel torrente y parecía que iba a arramblar todo lo que hubiese en tierra.

Luego de que el rey se despidiese de los hacedores de lluvia y que ellos pusiesen en resguardo el ganado y los regalos, entré a la choza donde estaban alojados y pasé la noche con ellos analizando el arte mágico. La choza era de aproximadamente catorce pies de diámetro, estaba fuertemente construida con postes clavados con firmeza en el suelo y tenía por techo una robusta cubierta cónica de paja. Finalmente, los persuadí de que me diesen uno o dos ejemplos de su conocimiento. Ellos empezaron a cantar o, mejor dicho, a murmurar una larga invocación. Después de unos cuantos minutos, el hombre más joven pareció elevarse por el aire a unos tres pies de la tierra, permaneciendo allí suspendido, más o menos flotando. En la choza había una luz brillante que salía del fogón que estaba en el centro, de modo que el más pequeño detalle podía observarse con claridad. Me levanté y fui a examinar al hombre que estaba en el aire y no cupo duda acerca de su levitación. Entonces él flotó acercándose a la pared y la atravesó para salir afuera. Eché a correr hacia la puerta de entrada que estaba al otro lado de la choza y lo busqué por el contorno. Vi una figura luminosa que semejaba a un hombre embadurnado con aceite fosforescente, y jubiloso busqué, de inmediato, refugio de los torrentes de lluvia. Cuando retorné a la choza, sólo se encontraba presente el anciano. Examiné con cuidado los maderos, pero no había ninguna abertura. El anciano continuó con su canto y al siguiente momento reapareció su compañero flotando en el aire. Él se sentó en el suelo y observé su negra piel reluciente por la lluvia. Los escasos andrajos que vestía estaban tan húmedos como si se hubiesen empapado en un río.

La siguiente proeza fue realizada por el anciano y consistió en muchas desapariciones y reapariciones instantáneas. El punto curioso en cuanto a esto es que las ropas del anciano llegaron a gotear por la humedad.

De seguido hubo una exhibición muy interesante. Por órdenes del anciano nos distribuimos alrededor del fuego en los tres puntos de un triángulo imaginario. Con ritmo y con sus cantos, los hombres movían las manos sobre el fuego cuando docenas de tic-polongas, la serpiente más mortífera del África, reptando con lentitud, comenzaron a salir desde las quemantes ascuas y se entrelazaron, alrededor del fuego, rodando en una loca danza sobre sus colas mientras siseaban sin cesar. A la orden de ellos todas saltaron hacia el fuego y desaparecieron. El hombre joven vino hacia mis inmediaciones y, arrodillándose, abrió su boca, desde la cual, rápidamente, salió la cabeza de una tic-polonga. Con prontitud la agarró y, desde la garganta, sacó una serpiente de unos tres pies de largo que, igualmente, fue lanzada hacia el fuego. En forma veloz y sucesiva retiró de su garganta siete serpientes y les dio a todas el mismo quemante fin.

Pero yo deseaba conocer lo que ellos podían realizar en la senda de la evocación de los espíritus. En esta ocasión, el encantamiento había demorado cerca de veinte minutos cuando, surgiendo lentamente del fuego, apareció una figura humana, un hombre de mucha edad, un hombre muy blanco, pero totalmente desnudo. Le hice muchas preguntas, pero se obstinó en no responder. Me levanté y caminé alrededor del fuego y observé, especialmente, una lívida cicatriz en su espalda. Yo no podría dar una explicación satisfactoria de quién era, pero ellos parecieron muy asustados por su causa, y es que, en verdad – por los comentarios que se intercambiaron –, habían esperado ver a un hombre negro.

Tras la aparición de este hombre blanco, yo no podría persuadirlos de que esa noche intentasen alguna cosa más, aunque en la siguiente noche no tuve ninguna dificultad con ellos.

Una proeza bastante impresionante que realizaron en la siguiente ocasión fue la antigua costumbre de los sacerdotes de Baal. Iniciando un lúgubre canto, ellos empezaron a circular lentamente alrededor del fuego ( que, se ha dicho, es una parte esencial del procedimiento ), manteniendo cierta cantidad de ritmo en sus movimientos y cadencias. De pronto, el movimiento se hizo más y más rápido hasta que se pusieron a girar alrededor como en los derviches danzantes. Hubo dos tipos diferentes de movimientos: Durante todo el tiempo que estuvieron girando alrededor del círculo, iban rotando velozmente sobre sus propios ejes. Con la rapidez de sus evoluciones, sus voces se iban elevando más y más alto hasta que el griterío fue terrífico. Entonces, con un movimiento simultáneo, cada quien empezó a hacerse cortaduras en su cuerpo desnudo, sobre sus brazos, pecho y muslos, hasta convertirse en un río de sangre cubierto con heridas profundas. Luego, el anciano detuvo su errático curso, y sentándose en el suelo se quedó fijamente mirando, con aparente ansiedad, al más joven, quien continuó el frenético ejercicio hasta que su naturaleza quedó exhausta y no aguantó más, cayendo al suelo jadeante e impotente. El anciano tomó los cuchillos y untó las hojas con un poco de una maligna grasa maloliente de calabaza y de inmediato pasó por todo el cuerpo de aquél la hoja del cuchillo con la que se había hecho las heridas, y con las palmas de las manos embarradas de ungüento, concluyó la operación frotándole vigorosamente el cuerpo.

En unos cuantos minutos, el hombre joven se puso de pie, sin que en su piel de ébano hubiese ni la más leve señal de herida o cicatriz. Después, él habría de hacer los mismos oficios y con el mismo resultado en el anciano. Diez minutos más tarde, ambos estaban acostados en sus esteras en un dulce y apacible sueño. En esta representación hubo muchas invocaciones, gestos, el fuego circular y otras cosas que me satisficieron en alguna medida, en todos los eventos, de los procesos mágicos del África occidental que han sido manejados desde los tiempos cuando Baal era el dios verdadero y poderoso en la tierra.

**Lucifer**, noviembre, 1890

---

### **Notas del traductor**

(1) Se refiere al culto del dios serpiente **Obeah**, ampliamente extendido en las antiguas colonias del Imperio Británico en las Indias Occidentales. La verdad es que hay algunas diferencias de fondo y forma entre las prácticas vuduístas y el culto a Obeah.

(2) **Obeeyah**, en el original.

(3) Ídem a (2).

(4) , en el original. La escritura en inglés mejor admitida es **susu**, que se puede transcribir igual en castellano, para no confundirla con **soosoo**, nombre dado a un delfín del Ganges. Además, entre una y otra hay una ligera diferencia de pronunciación. Los susu son una etnia de poco menos de un millón de personas que vive, principalmente, entre Guinea, Sierra Leona y Sudán.